

Volumen de homenaje a Salomón Lerner Febres con motivo de la celebración de sus 70 años

LA VERDAD NOS HACE LIBRES

Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad

EDITORES

Miguel Giusti

Gustavo Gutiérrez

Elizabeth Salmón



Capítulo 3



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

La verdad nos hace libres. Sobre las relaciones entre filosofía, derechos humanos, religión y universidad

Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón (editores)

© Miguel Giusti, Gustavo Gutiérrez y Elizabeth Salmón, 2015

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Gisella Scheuch, sobre la base de la escultura *Logos*, de Margarita Checa, fotografiada por Alicia Benavides

Diagramación, corrección de estilo y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2015

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-08108

ISBN: 978-612-317-114-8

Registro del Proyecto Editorial: 31501361500583

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

VERDAD Y RECONCILIACIÓN. SALOMÓN LERNER Y EL PERÍODO DE VIOLENCIA EN EL PERÚ

Josef Sayer, ex director general de MISEREOR

1. SALOMÓN LERNER Y LA VIOLENCIA DE SENDERO LUMINOSO

«¿Cómo dice usted luchar por los hombres y mata hombres?» ¡Qué pregunta inicial en el encuentro entre dos profesores de filosofía, Salomón Lerner Febres y Abimael Guzmán! La diferencia entre los dos no podía ser mayor. No solo porque uno de ellos enseñaba en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) en Lima y el otro estaba cumpliendo una condena a cadena perpetua en la cárcel. No solo porque uno era el presidente de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) creada por el gobierno peruano, mientras que el otro se daba a sí mismo el título de «Presidente Gonzalo». Sus concepciones filosóficas son diametralmente opuestas, lo mismo que las consecuencias que de ellas sacan. El uno es un decidido defensor de los derechos humanos y del Estado de derecho, el otro un violador sistemático de los derechos humanos e ideólogo de la destrucción del Estado constitucional.

¿Cómo llegaron a esto? Y, ¿en qué baso mis afirmaciones? En enero de este mismo año (2015) Salomón y yo mantuvimos una larga conversación en Lima que versó, ante todo, sobre su trabajo en la CVR. Esta conversación va a servir de base para este artículo, junto con la larga e intensa colaboración con él en proyectos de derechos humanos y en la CVR. Por tanto, en la siguiente exposición voy a referirme tanto a nuestra conversación de enero como a otros muchos encuentros que tuvimos. Además, también tendré en cuenta mis experiencias personales de más de 15 años como párroco durante el período de violencia que yo viví tanto en los Andes como en los barrios de miseria de Lima, los eufemísticamente llamados «pueblos jóvenes».

Como párroco, me tocó vivir de cerca los fatales efectos de la violencia política en la vida cotidiana de la gente. Una violencia que provocó graves fracturas en la convivencia de la comunidad y de la sociedad en general y causó mucho sufrimiento físico, psíquico y social.

Con estas consideraciones en las que confluyen vivencias personales y otras informaciones, pretendo hacer resaltar la extraordinaria importancia de la labor de Salomón y de la CVR. Labor que, a mi parecer, nunca podrá ser suficientemente ponderada y que es imprescindible para lograr una sociedad reconciliada y capaz de curar las profundas heridas que causaron la violencia y la injusticia. Y de este modo —como espero— también resultará patente la enorme impronta de Salomón en la historia reciente del Perú y su contribución a la defensa de los derechos humanos a nivel internacional. Y aquí hay que notar que su compromiso con los derechos humanos y su defensa del Estado de derecho no son algo puramente «abstracto», como podría ser, por ejemplo, el trabajo de Amnistía Internacional o de MISEREOR, que se realiza en Alemania. El compromiso de estas organizaciones con la defensa de los derechos humanos y el fomento de la democracia en los continentes del Sur es, sin duda, sumamente meritorio, pero discurre en un lugar relativamente seguro, lejos del escenario de la violencia. En cambio, el compromiso de Salomón conllevaba mucho sufrimiento y riesgos e incluso persecuciones y amenazas de muerte.

Por aquellos tiempos, cuando Salomón estudiaba en la PUCP, nadie podía prever que más tarde toda su capacidad de trabajo y su vida iban a estar condicionadas por los crímenes con los que Abimael Guzmán y su Sendero Luminoso iban a asolar el país.

Después del examen en filosofía en la PUCP, Salomón continuó sus estudios en la Universidad de Lovaina, que entonces gozaba de la predilección de los estudiantes latinoamericanos. Allí se especializó en fenomenología y, después de haber alcanzado la correspondiente graduación académica, regresó a la PUCP, donde enseñó filosofía. Abimael Guzmán, por el contrario, había enseñado filosofía en Ayacucho. Su orientación filosófica estaba marcada por el marxismo, el leninismo y el maoísmo. Pero él no concebía su actividad docente como una investigación puramente académica de la doctrina marxista, sino como la puesta en práctica de lo que el maoísmo quería alcanzar con la tristemente célebre Revolución Cultural, es decir, la implantación de la Revolución Mundial. En este sentido, es sumamente significativo que Sendero Luminoso, el movimiento revolucionario de Guzmán, haya nacido precisamente en el momento del fracaso de la Revolución Cultural China. Y así se puede entender que el primer gran enemigo de Sendero Luminoso vaya a ser precisamente Deng Xiaoping, quien, según Guzmán, había traicionado la Revolución Cultural y al que por eso los senderistas llamaban un «hijo de perra».

En la anteriormente mencionada conversación, mantenida en la cárcel entre él y Salomón, Abimael Guzmán partía de los acontecimientos en China para explicar el trasfondo del largo período de violencia que durante 20 años (1980-2000) había sacudido el Perú. Según él, la historia de la humanidad había pasado por diversas

etapas —a saber: mitológica, teológica, antropocéntrica—. Y Abimael Guzmán estaba convencido de que, después de la Revolución Cultural China, había comenzado una nueva etapa de la humanidad de la que iban a ser protagonistas él como «Presidente Gonzalo» y su «Sendero Luminoso» como motor de la Revolución. A este respecto, Salomón hizo la siguiente certera observación: lo que Guzmán y sus partidarios se habían propuesto no se puede encuadrar en el marco común de los movimientos de izquierda latinoamericanos, como, por ejemplo, los Montoneros en la Argentina, los «izquierdistas» de Chile o las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FARC) de Colombia, entre otros. Mientras que todos estos luchaban por la liberación del pueblo, Guzmán pretendía algo totalmente distinto. La meta de su revolución absolutamente ideologizada era nada menos que la revolución mundial, pero que ahora tenía que ser impulsada no desde China, sino desde el Perú, y cuyo guía era el mismo Guzmán como «Presidente Gonzalo». Solamente él disponía del «pensamiento guía», en el que se había encarnado el espíritu absoluto (en alusión a Hegel), y a él, como enviado de la historia, le correspondía iniciar la nueva etapa de la humanidad. Como se ve, en su pensamiento y sus escritos Guzmán utilizaba un lenguaje mesiánico-apocalíptico de una «religiosidad sucia», como apunta Salomón.

De acuerdo con estos principios y en fidelidad a la línea maoísta de la Revolución Cultural, Guzmán empezó su lucha armada en 1980, precisamente el día de las elecciones presidenciales del Perú. Con ello, pretendía subrayar que él era el verdadero presidente. Siguiendo la estrategia de Mao, parte de la tesis de que primero había que empezar la lucha armada en el campo y después llevarla a las ciudades.

A la pregunta inicial de Salomón mencionada más arriba, «¿Como dice usted luchar por los hombres y mata hombres?», la respuesta de Guzmán fue escalofriante y aterradora: sin el más mínimo sentimiento humano, se limitó a constatar que en realidad hubiese sido «necesario un millón de muertos». Como se ve, las personas eran para él solo un material de construcción de la revolución, una «masa» destinada a la muerte. Cegado ideológicamente, Guzmán era incapaz de reconocer en los seres humanos el más mínimo valor. Lo único que contaba para él era la gran meta: el fomento y el triunfo de la Revolución Mundial. Esta fría aceptación de un «millón de muertos» caracteriza un terrorismo bárbaro y sanguinario que desprecia todos los sentimientos humanos y no tolera la más mínima oposición ni discrepancia. El fin que persigue es la destrucción de la sociedad civil para edificar sobre sus ruinas la nueva sociedad igualitaria que ha de nacer de la Revolución. Y lógicamente, por tanto, hay que destruir y aniquilar sin compasión todo lo que se pueda oponer a la revolución. Desde esta lógica revolucionaria, el fin justifica los medios, el arma era la violencia. Es más, la violencia se convierte casi en un fin en sí misma porque ella es la partera de la nueva etapa de la historia. Por tanto, en la lógica de esta ideología,

la destrucción de la sociedad será positiva en la medida en que contribuya a destruir la organización capitalista explotadora. Y Sendero actuaba de acuerdo con esta lógica y la ponía en práctica sin compromiso. Los seguidores de Guzmán, que en su mayoría eran jóvenes, muchos de ellos universitarios, hombres y mujeres, tenían que firmar una declaración de fidelidad y comprometerse a seguirlo ciegamente. De este modo ponían sus vidas en las manos de Guzmán y entraban a formar parte del partido revolucionario.

Los primeros en sufrir los efectos de la actividad revolucionaria fueron los campesinos, quienes quedaron literalmente aterrorizados, pero su suerte no les preocupaba en lo más mínimo a los senderistas, los cuales solo veían en las comunidades del campo algo para ser usado como arma en la lucha contra el Estado. Ese era realmente el único interés que las comunidades andinas tenían para Guzmán. No estaba en absoluto interesado en el desarrollo de las aldeas y de las zonas rurales desatendidas. Todo lo contrario, prohibía el comercio entre las comunidades —que él consideraba un relictos burgués—, si bien permitía cultivar los campos, pero solo para el propio sustento.

Para dar una idea de la inhumana crueldad de Sendero, baste mencionar la brutal utilización de los niños-soldado. Los senderistas asaltaban escuelas, obligaban a los alumnos y alumnas a formar filas, los seleccionaban según les parecía y los obligaban a participar en operaciones de combate. Para ello, los sometían antes a un sistemático adoctrinamiento hasta convertirlos en unos autómatas que ejecutaban a ciegas las órdenes del partido. La inhumanidad de este sistema era tal que incluía obligar a los niños a cometer asesinatos. Pero lo peor todavía era que para ello se valían del amor de los niños a sus padres: si no cumples, haremos sufrir a tus padres.

2. VIOLENCIA POR PARTE DEL ESTADO

Después de esta reseña del pensamiento de Guzmán, dentro del cual el empleo frío y sistemático de la violencia era un medio más para imponer la Revolución Mundial en el sentido de la estrategia de Mao, vamos ahora a resumir, también brevemente, la reacción del Estado —a través del Ejército y de la Policía— frente a la violencia de Sendero Luminoso. Para ello, voy a referirme intencionadamente a casos que viví de cerca durante mi trabajo pastoral en los Andes y en los barrios de miseria de Lima, porque creo que de este modo el lector podrá hacerse una idea de la intensidad con la que la violencia —tanto la subversiva como la contra-subversiva— condicionó la vida y la convivencia de la población en el campo y en determinados barrios pobres de las ciudades. De los casos que voy a contar también resultará comprensible que a mí, como párroco, me haya sido imposible desentenderme del problema de la violencia

política y estructural. Esta circunstancia motivó a su vez mi decisión de colaborar con Salomón Lerner, el presidente de la CVR. Después de todo lo que habíamos visto y sufrido, había que hacer todo lo posible para que esa larga y dolorosa historia de violaciones de los derechos humanos y la funesta destrucción del Estado de derecho —tanto por parte de Sendero Luminoso como por parte de las instituciones estatales— no quedaran sepultadas en el olvido, porque recordar la historia es de suma importancia para evitar que pueda repetirse. Y esto también explicará que yo más tarde, como director de MISEREOR, haya dedicado especial atención a situaciones de violencia, a la denuncia de las violaciones de los derechos humanos y a la defensa del Estado de derecho. Y esta doble preocupación no se limitó al Perú, sino que incluía a los otros países del área de trabajo de MISEREOR en América Latina (por ejemplo, Guatemala, Colombia), en África (Sudáfrica, Chad, Sudán) pero también en Asia (por ejemplo, Sri Lanka, Myanmar o Timor Oriental).

Lo fatal en el Perú había sido el hecho de que un Estado considerado democrático hubiese recurrido a métodos terroristas para combatir el terrorismo. En este sentido, las fuerzas del orden público consideraron justificado el empleo indiscriminado de la violencia en la lucha contra la violencia subversiva. Las consecuencias de esta política fueron catastróficas, especialmente para los campesinos de los Andes y los pueblos indígenas de la selva. Desdichadamente, en el Perú, la población del campo había sido desde hace mucho tiempo el grupo social más perjudicado y desatendido, porque los campesinos no contaban nada para la clase política. Esta situación de abandono, en la que se encontraba sumida la población rural, fue, en un primer momento, un campo ideal para la actividad de los senderistas. Y efectivamente, al principio, la propaganda social de Sendero Luminoso logró, en cierta medida, conectar con los campesinos. Pero esto se terminó tan pronto los campesinos se dieron cuenta de que Sendero Luminoso no tenía interés en mejorar la situación de la población rural, sino solo en engordar su propio poder. De este modo, la población campesina, en vez de recibir protección por parte del propio gobierno contra los abusos de Sendero, se vio de repente atrapada entre dos fuegos.

2.1. «El que por nosotros fue flagelado»

Según pude observar, la relación de la población andina con los policías de las aldeas y de los distritos cambió durante el período de violencia en el Perú. ¿Cuáles fueron los motivos? Esta pérdida de simpatía se podía observar, por ejemplo, en el hecho de que cada vez eran menos los vecinos que invitaban a los policías durante las fiestas. En general, la gente evitaba el contacto con ellos, porque con frecuencia se emborrachaban y llegaban a cometer abusos. Lo que a mí personalmente más me afectó como párroco fue el hecho de que los policías torturaban a los detenidos.

Ellos mismos me contaban con absoluta naturalidad y sin el menor reparo de qué métodos se valían en la prisión preventiva para obligar a los detenidos a «hablar». En aquellos tiempos, torturar se había convertido en un procedimiento normal. No solo en las cárceles, por ejemplo en Cusco, donde por las noches los policías ponían música (huayno) a toda potencia para que los vecinos no oyeran los gritos de los torturados y se percataran de la práctica de las torturas. Insisto: los policías consideraban a la tortura como algo totalmente normal, de forma que no tenían ningún inconveniente en contarme donde habían aprendido estos métodos. Gracias a Dios, en aquellos tiempos todavía no había corriente eléctrica en nuestro distrito, por lo que ciertos métodos de tortura eran inviables allí.

El Viernes Santo tuvo lugar en la iglesia del poblado principal del distrito una ceremonia especialmente impresionante: el descendimiento de Jesús de la cruz, seguido de una procesión por toda la comunidad con el cadáver del Señor en un sarcófago. En ella también participaron los policías, que insistieron en portar el sarcófago en el trayecto de la segunda a la tercera estación. Justo como tema de la meditación tocó el segundo de los misterios dolorosos del rosario: «Jesús, el que por nosotros fue flagelado». De este modo, los policías oyeron, quizás por primera vez en su vida, que *flagelar* es lo que hoy llamamos *torturar* y que cuando alguien tortura a un ser humano está torturando de nuevo a Cristo: sea el torturador un senderista o un guardia en la cárcel o un miembro de la policía o del ejército. Y terminé mi meditación citando lo que al respecto habían dicho los obispos de América Latina en su conferencia de Puebla: «Hoy día tenemos que reconocer el rostro doloroso de Jesús en las caras de los que sufren».

2.2. Un atentado con bomba

El siguiente ejemplo quizás sirva para ilustrar cómo el período de violencia cambió la conducta y los sentimientos de la gente y minó la confianza mutua entre los vecinos. Me encontraba en otra parroquia para ayudar en los oficios divinos. Alrededor de las tres de la madrugada me arrancó del sueño una fuerte detonación. Con precaución, abrí la ventana y me puse a escuchar en la oscuridad de la noche, a ver si se oían gritos de heridos. Todo permanecía en un silencio inquietante. Nadie se atrevía a salir de las casas. Daba la impresión de que el amanecer tardaba una eternidad. Cuando por fin se hizo de día, llegaron los soldados. Lo raro fue que nadie se alegró por la llegada de los defensores de la seguridad ciudadana ni nadie salió a darles la bienvenida. Los senderistas que habían volado con explosivos la casa municipal habían desaparecido hacía ya mucho tiempo. Nadie los quería. Pero, evidentemente, tampoco nadie sentía simpatía por los soldados. Y aunque la sintiera, nunca se hubiese atrevido

a manifestarla por miedo a los «soplones» que podrían delatarlo ante los terroristas. En realidad, los soplones eran a su vez víctimas del chantaje terrorista, porque tanto Sendero como los militares les inculcaban que solo podrían salvar sus vidas si se prestaban a espiar a los vecinos. En el curso de los continuos cambios en la presencia de los militares y de los senderistas, había crecido la desconfianza entre los vecinos de las comunidades en las zonas de emergencia —y estas abarcaban regiones extensas del Perú—. Una comunicación abierta y libre y un comportamiento social normal, como, por ejemplo, ayudarse mutuamente, se habían vuelto muy difíciles. Y ni imaginarse lo que hubiese ocurrido en este caso si la explosión hubiese causado heridos. ¿Quién se hubiera atrevido a acudir en su ayuda? Eso significaría arriesgar la propia vida, porque Sendero actuaba de forma brutal. En aquella ocasión me sentí deprimido y culpable por no poder salir a comprobar si había habido heridos. ¿Puede ser —me preguntaba— que alguien esté necesitando mi ayuda y yo no me atreva a pres-társela? Pero también la misa fue diferente a las de otros días. Los soldados entraban continuamente en la iglesia, echaban unas miradas recelosas y volvían a marcharse. En esas circunstancias, ¿cómo iba a ser posible una convivencia cristiana de la comunidad? Y a mí me resultó extremadamente difícil predicar. ¿Qué iba a decirles? Pero después de todo lo ocurrido, tampoco podía quedarme callado sin decir nada.

2.3. Un asesinato

Había un joven de 19 años. Quería celebrar su cumpleaños con su novia, con la que ya tenía un niño. Como él era de los pobres de la comunidad y no tenía ovejas, determinó «procurarse» una. Para él, que acababa de regresar de la guerra contra Sendero Luminoso, el robar una oveja era algo normal: porque era lo que había aprendido de los militares que, de acuerdo con el dicho «la guerra alimenta la guerra», acostumbraban a vivir a costa de la población civil. Pero esta vez la cosa salió mal y él acabó en la cárcel.

Como párroco, lo acompañé durante su prisión en la cárcel de la provincia. Después de algún tiempo empezamos a hablar de sus experiencias como soldado en la lucha contra Sendero. Por espíritu de cuerpo, al principio, me decía que su estancia en el ejército había sido un tiempo bueno. En esos momentos él todavía no era consciente de los graves cambios de personalidad que había sufrido y que habían hecho de él —un joven campesino sencillo y pobre— un asesino.

Según me contó, los reclutas eran sometidos a un entrenamiento especial para prepararlos para la lucha contra los subversivos. Una de las pruebas era, por ejemplo, cazar de noche un perro de la calle, matarlo, despedazarlo con las manos, beber la sangre caliente, morder la carne, colgarse los intestinos al cuello y hacer así la instrucción.

Otro de los ejercicios era luchar unos contra otros con la bayoneta desenvainada. Teniendo en cuenta la sanguinaria crueldad de los senderistas en la lucha cuerpo a cuerpo, es posible que este tipo de entrenamiento pudiese tener algún sentido. ¡Pero nadie había pensado en las consecuencias negativas que esto iba a tener en la vida cotidiana después del servicio militar! El joven me contó qué pasó en la noche del robo. La dueña de las ovejas se había despertado, quería defender sus animales y agarró al ladrón. «Cuando me di cuenta de que podía derribarme, metí la mano en la bota, saqué la bayoneta y se la clavé». Los reflejos entrenados en la instrucción militar desencadenaron un crimen fatal: una campesina perdió su vida, y su hijo se quedó huérfano; el asesino acabó en la cárcel, su compañera y su hijo quedaron estigmatizados y marginados en la comunidad y sin apoyo económico. Y algunos vecinos me decían: «Usted ya verá. El culpable estuvo con los militares y pronto va a quedar en libertad». Es decir, la población había perdido la confianza en la justicia.

Otro antiguo soldado, que acababa de licenciarse del servicio militar, también me describió el mismo ejercicio de la caza y descuartizamiento de un perro. «Después de una experiencia así se pierde para siempre el miedo», me aseguraba. Si él realmente solo había perdido el miedo y si ahora todavía estaba en condiciones de llevar «una vida normal con su familia», como me decía que se había propuesto, es lo que habría que saber. De todas formas, queda la pregunta: ¿quién es el responsable de haber causado estos gravísimos trastornos en la personalidad de estos jóvenes reclutas de unos 17 años? A mi modo de ver, este tipo de «instrucción» impartida a los soldados para combatir la violencia subversiva pone de manifiesto hasta qué punto la huella de la violencia caló en las mismas estructuras institucionales. El que el poder militar de un Estado democrático se sirva de unos métodos que embrutece y pervierten de tal modo a los jóvenes ciudadanos solo se puede considerar criminal. Los responsables no pueden de ningún modo dejar de tener en cuenta las secuelas psíquicas y sociales que esos métodos brutales iban a dejar a largo plazo en sus subordinados.

Aquellos jóvenes, que desde pequeños habían sido educados en el respeto a la vida, fueron sometidos a una perversión y degradación moral sistemática que literalmente arruinó sus vidas. Si alguien fue obligado a ver en los demás solamente unos miserables perros que hay que despedazar sanguinariamente, es imposible que tenga unos criterios morales acordes con los 10 mandamientos. No cabe duda de que aquel joven preso de 19 años es un asesino y culpable. Pero, yo me pregunto si él no será al mismo tiempo una víctima. Víctima y perpetrador, perpetrador y víctima —¿cómo se entremezclan las perspectivas!—. Además, también hay que preguntarse si el Estado y la institución militar se sintieron alguna vez responsables de estas víctimas suyas, o si las abandonaron —irresponsablemente— a su destino. Y, ¿los representantes del Estado, con esta historia de violaciones de los derechos humanos cometidas por

las propias fuerzas armadas, han sentido alguna vez realmente la necesidad de reformar su ejército que, en su lucha contra la violencia terrorista, pisoteó de tal forma las normas de la Organización de las Naciones Unidas (ONU)?

2.4. Lidia

Lidia vive en uno de los barrios de miseria de Lima. Una choza de cartones y esteras es su actual domicilio. Tiene tres niños. Pero no son hijos suyos. Los padres de los niños —la hermana y el cuñado de Lidia— habían sido fusilados en la «guerra sucia» entre la organización maoísta-terrorista Sendero Luminoso y el Ejército. Y quedaron tres niños. Huérfanos, totalmente solos. ¡Qué destino más trágico! ¡Habían tenido que presenciar cómo mataban a sus padres!

Y allí estaba Lidia, una buena alumna. Todavía le faltaban dos años para terminar la escuela secundaria. Pero ella abandonó la escuela y la casa en Lima, donde se había alojado. De un día para otro se convirtió en la madre de los tres niños de su hermana, a los 17 años; sola, teniendo que arreglárselas por sí misma. Levantó su choza en uno de los barrios de miseria de mi parroquia de entonces. Se puso a trabajar en el mercado para que puedan sobrevivir ella y los niños. La violencia política y estructural le había destrozado sus propios proyectos de vida. Sin dudarlo, los aparcó. ¡De repente, de hoy a mañana!

Asumió la responsabilidad por los tres huérfanos, víctimas traumatizadas de la «guerra sucia». Y eso, ¡a los 17 años! ¡Qué madurez moral la de esta joven! Y ¡qué heroísmo en la lucha cotidiana por sobrevivir con «sus tres niños»! ¡Y todo esto sin la más mínima ayuda ni reconocimiento ni por parte del gobierno ni de ninguna otra institución estatal! Destinos como los de Lidia muestran cuán necesario y justo es que la CVR exija reparaciones y presente las pertinentes propuestas. Porque es innegable que el Estado está obligado a asumir su responsabilidad en estos casos concretos y en otros parecidos.

2.5. Cincuenta mujeres de Ayacucho

Entre las mayores crueldades de la guerra sucia estaba el hacer desaparecer personas. Padres, hijos, mujeres eran secuestrados por policías o soldados. Desaparecían en los puestos de la Policía o cuarteles del Ejército. (¡También Sendero hacía desaparecer personas!) Los familiares, atemorizados, empezaban a buscar, preguntaban a la policía o en los cuarteles militares. De vez en cuando aparecían algunos de los desaparecidos, muertos, en parte en fosas comunes, con huellas de tortura. Testigos eventuales no se atrevían a declarar, por miedo a la venganza y a correr la misma suerte que los desaparecidos.

En el mes de diciembre de 1987 se presentaron en Lima 50 valientes mujeres de Ayacucho, como representantes de cerca de otras 600 mujeres, para denunciar la desaparición forzada de 2714 familiares y reclamar sus vidas. Como párroco, tuve que ocuparme de ellas, dado que para el tiempo de su protesta en Lima habían encontrado acogida en el barrio de miseria donde vivía yo. Los vecinos de otros barrios se habían negado a darles acogida por miedo a las fuerzas de seguridad del Estado. Como en nuestro barrio vivían muchos desplazados de las regiones especialmente castigadas por la violencia, había una gran empatía con ellas. Me pidieron que participara en su marcha de protesta con la que querían dar a conocer su dolor al presidente de la Nación, al gobierno y a la población de Lima. ¡2714 desaparecidos! «¡Vivos los llevaron. Vivos los queremos!» —con este grito, con fotos y los datos biográficos de las desaparecidos nos dirigimos a la Plaza San Martín—. La Plaza de Armas, donde está situado el palacio presidencial, era para nosotros tabú. Solo alguno que otro canal de televisión le dedicó un poco de atención a la protesta de las ayacuchanas. Pero ni el presidente ni ninguna otra autoridad se dignó a recibir las. Una vez más, los representantes del Estado ignoraron y se mostraron insensibles al dolor de la población campesina. Además, públicamente todavía negaban cualquier participación y complicidad de las fuerzas de seguridad en la desaparición forzada de personas. Solo gracias a la labor de la CVR se pudo probar y documentar la actividad criminal de la Policía y del Ejército, por ejemplo, con el descubrimiento de una fosa común dentro de un cuartel de la ciudad de Ayacucho. La marcha de protesta iba encabezada por una mujer —de nombre Angélica— que portaba una cruz con el texto del quinto mandamiento: «No matarás».

2.6. ¿Dónde queda la justicia?

Un día, a eso de las seis de la mañana, llamaron a la puerta de mi choza de esteras los dos secretarios generales de nuestros barrios de miseria. Dos hombres, uno de ellos miembro del Consejo del barrio donde vivía yo, habían desaparecido. ¿No podría usted, como párroco, conseguir que la Iglesia interviniera en la búsqueda?, era su pregunta. En la Comisión Social de la Conferencia Episcopal (CEAS) encontré a abogados que actuaban en los casos de violaciones normales de los derechos humanos pero que también se atrevían a indagar en casos de desaparición forzada de personas. A pesar de que los abogados tenían el respaldo de la Conferencia Episcopal, tardaron 12 días en averiguar que nuestros dos vecinos se encontraban en una prisión preventiva especial de Lima. A los 14 días, los dos presos fueron trasladados a la cárcel de máxima seguridad Castro Castro, al módulo reservado para los presos de Sendero Luminoso.

Allí fuimos a visitarlos mi compañero del equipo pastoral y yo. Ambos nos vimos enfrentados a una situación que para nosotros, como centroeuropeos, era totalmente extraña: después de severos controles, con varios sellos estampados en los antebrazos, nos llevaron a la puerta del módulo especial de los presos varones de Sendero Luminoso. Allí nos dejaron en manos de los senderistas, puesto que en esta parte de la prisión no había ningún personal de guardia estatal. El control y el orden corrían exclusivamente a cargo de los senderistas. Nos condujeron junto a los dos presos de nuestro barrio. Y solo después de bastante tiempo, cuando nuestros vecinos quisieron enseñarnos el centro de formación de Sendero, pudimos hablar abiertamente con ellos sin la presencia de testigos. Durante los 14 días de prisión preventiva habían sido torturados y sometidos a continuos interrogatorios. La descripción de las torturas padecidas, que incluían ejecuciones simuladas, les resultaba dolorosa y los agitaba interiormente. Para mí, la peor de todas estas crueldades fue la que nos contó uno de ellos: el día de la detención él había querido asistir a la reunión del Consejo del barrio, que como de costumbre empezó a las 22:00 horas y en la que también yo había participado. Pero su hijita de medio año se había quedado dormida en sus brazos. De repente, algunos representantes de la unidad especial de seguridad para la lucha contra el terrorismo derribaron la puerta de su choza de esteras, inspeccionaron todo y al final se lo llevaron. Durante un momento de la tortura le dijeron: sabemos dónde vives; si no firmas afirmando que perteneces a Sendero Luminoso, le pasará algo a tu hija. Yo me pregunto: ¿qué padre, después de haber sido torturado brutalmente y que, por tanto, conocía los métodos de estos representantes del Estado, no hubiese firmado una declaración tal para salvar a su bebé?

Y esto pasó en la misma Lima y no en algún rincón alejado del país. A pesar de la intervención de la Conferencia Episcopal del Perú y del apoyo de Amnistía Internacional, así como de las peticiones de importantes políticos europeos, a los que nosotros como equipo pastoral nos habíamos dirigido, tardaron unos ocho meses en dejarlos en libertad. Los vecinos del barrio habían organizado mientras tanto diversas actividades sociales para ayudar a sobrevivir a las dos familias que, de repente, se habían quedado no solo sin padre sino también sin sustento económico. Como consecuencia de este procedimiento de las autoridades, los habitantes de nuestros barrios perdieron la confianza en las instituciones estatales. Las mujeres y hombres que fueron a visitar a los dos detenidos en la cárcel y les oyeron contar los métodos de tortura a los que habían sido sometidos durante los 14 días de prisión preventiva no solo se quedaron aterrados, sino que con indignación contaban en el barrio lo que habían oído: «Jamás podría imaginarme que nuestro Estado pudiera llegar a hacer algo así. ¿Qué valen ahora la justicia y la democracia?». Así se expresaba una comprometida mujer de nuestro barrio de miseria.

3. EL FRACASO DE GUZMÁN

En nuestra anteriormente mencionada conversación, Salomón resumió las razones del fracaso de Guzmán en tres puntos básicos:

- (1) El fracaso de Guzmán en el fondo es una consecuencia de sus mismas premisas ideológicas; sobre todo, de su exorbitada ambición de poder basada en su ideología totalitaria. El «Presidente Gonzalo» —esa figura creada por él como su alter ego— era el símbolo de la concentración del poder absoluto en su propia persona: el avance de la Revolución Mundial estaba exclusivamente ligado a su persona, a la que, en consecuencia, sus seguidores debían fidelidad absoluta. Con él se sostiene y se cae todo el sistema. Además —con absoluto desprecio de todo sentimiento humano— había calculado un millón de muertos como el precio de su revolución, y como sus combatientes trataban cruelmente a la población civil, esta les volvió pronto la espalda por no haber recibido apoyo social.
- (2) Con el paso del tiempo, algunos militares inteligentes se dieron cuenta de que la guerra contra el terrorismo de Sendero no se podía ganar con métodos terroristas. Consecuentemente, cambiaron de estrategia, buscaron ganarse a la población civil promoviendo la idea de grupos de «autodefensa» entre los campesinos y armándolos para su lucha contra Sendero Luminoso. Así, Sendero se debilitó significativamente en el campo, y se infiltró y concentró cada vez más en las ciudades.
- (3) Sin embargo, el factor decisivo en la guerra fue el siguiente: dentro de la policía se desarrolló una iniciativa que, a diferencia de la táctica anterior, no se basaba en el empleo de violencia terrorista en la lucha, sino en las viejas virtudes de una investigación policial capaz y efectiva. Con estos meticulosos métodos de investigación, el grupo en torno a Antonio Ketín Vidal logró la captura de Guzmán. Al verse privado de su líder absoluto, Sendero ya no pudo evitar su declive. Guzmán, al que Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos le dieron un cierto trato privilegiado, escribió desde la cárcel la famosa carta a Fujimori: «Señor presidente, usted ha ganado», e hizo a Fujimori una oferta de paz. Como consecuencia de ello, Sendero se dividió en dos grupos: los así llamados «pro-seguir», que a toda costa querían continuar, y los «acuerdistas». Los unos reprochaban a Guzmán el haber traicionado la Revolución Mundial. Los otros aceptaron su decisión de posponer la continuación de la lucha armada para una etapa posterior. La captura de Guzmán, que se había exaltado a sí mismo en un culto pseudo-religioso («religiosidad sucia», en expresión de Salomón), fue el acontecimiento clave que selló el destino de Sendero Luminoso.

4. FUJIMORI-PANIAGUA-TOLEDO. SOBRE LA CREACIÓN DE LA COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN

En el marco de este artículo, solo podré hacer unas breves observaciones sobre el origen de la CVR.

En una cierta etapa de la lucha antisubversiva —según cuenta Salomón—, Fujimori anunció: «Yo voy a luchar contra Sendero Luminoso». Y, para ello, organizó el grupo Colina, formado por militares subordinados directamente a él y a Montesinos. Los métodos y los medios empleados por este grupo en la lucha antiterrorista no eran de ningún modo compaginables con los de un Estado democrático. Con ello, Fujimori se implicó personalmente en la violencia —a diferencia de los anteriores presidentes Fernando Belaunde y Alan García, como bien observa Salomón—.

No solo falló el sistema ideológico de Guzmán sino también el sistema de Fujimori. Fracásó en su concepción extremadamente autocrática de gobierno, la cual, por ejemplo, despreciaba la Constitución y violaba gravemente las reglas democráticas. Debido a su obsesión por el poder, concentró los tres poderes —ejecutivo, legislativo y judicial— en su persona. Él y su círculo más cercano no tenían ningún inconveniente en usar masivamente la corrupción, por ejemplo, para sobornar a congresistas. Y Montesinos incluso grababa ocultamente la entrega del dinero, como prueba y medio de chantaje. También los medios de comunicación y otras instituciones fueron obligados —ya sea por medio de sobornos o de una fuerte presión fiscal— a integrarse al sistema de Fujimori. Pero cuando esos vídeos —¿por maquinación de quién?— fueron sorprendentemente emitidos en la televisión, se convirtieron en una inesperada y contundente prueba contra el mismo sistema de Fujimori, que comenzaba a colapsar. De forma que este, bajo el pretexto de una visita de Estado a Brunei, huyó al Japón. Allí solicitó la nacionalidad japonesa —un procedimiento insólito, hasta entonces impensable en un presidente peruano—.

Estos hechos provocaron en el sistema de Fujimori un shock tal que ninguna de las personalidades previstas en la Constitución se mostró dispuesta a hacerse cargo del gobierno. De este modo, el Parlamento se vio obligado a elegir a uno de sus miembros, Valentín Paniagua, como presidente interino, con el mandato de preparar las elecciones generales. Paniagua era un *outsider* sin base de poder político, pero precisamente esto resultó ser un golpe de fortuna, porque él y su gobierno demostraron que el Perú era capaz de practicar una democracia limpia. Cuando a Paniagua le llegaron desde los escenarios de la guerra y de la violencia informes sobre las violaciones de los derechos humanos, las fosas comunes y las atrocidades de la guerra, se decidió a crear una Comisión de la Verdad. Como Salomón refiere, Paniagua y sus ministros designaron en votación secreta a siete miembros para esta Comisión,

cuyo presidente iba a ser él, Salomón Lerner. El gobierno mostró tener en este campo una amplia y acertada visión, y a la hora de describir el trabajo de la Comisión, supo tener en cuenta las experiencias de otras comisiones de la verdad creadas anteriormente en otros países.

Alejandro Toledo ganó las elecciones presidenciales. Pero, durante los dos primeros meses de su mandato, no hubo ningún avance en la organización de la Comisión de la Verdad. De manera que la Comisión había sido nombrada, pero no estaba autorizada a trabajar. Toledo finalmente se entrevistó con Salomón y trató con él la situación y se quejó de que, después de las elecciones, el gobierno de transición nunca había vuelto a consultar con él el problema de la Comisión de la Verdad. Así, puso en marcha la Comisión, pero con dos cambios: además de los siete miembros previstos, nombró a otros cinco, entre ellos a un general de su confianza. También amplió su misión y cometido: la Comisión ya no iba a ser solo comisión de la «Verdad» sino también de la «Reconciliación». La Comisión fue creada para un período de 18 meses, con la posibilidad de una prórroga de seis meses.

5. SALOMÓN LERNER Y LA COMISIÓN DE LA VERDAD Y RECONCILIACIÓN

A mi pregunta, a qué se debía que precisamente él hubiese sido designado para presidente de la CVR, Salomón se refirió al prestigio de la PUCP. Esta respuesta vino a confirmarme lo que yo ya había observado en él durante los largos años de nuestra colaboración: ¡Para él, lo único importante es la causa en sí, el proyecto! Su persona ha de quedar en un segundo plano. Además, en su respuesta se refleja su profunda identificación con la PUCP, como lo demuestra el hecho de que antes de aceptar la presidencia de la CVR se asegurase de la conformidad de su universidad. Como profesor, vicerrector a partir de 1994 y luego como rector, había contribuido decididamente a transformarla en un centro de estudios de alta calidad. Calidad que le dio sumo prestigio no solo en todo el país sino también, más allá de las fronteras nacionales, en toda Latinoamérica. Modestamente, pero haciendo honor a la verdad, Salomón considera muy importante resaltar que la PUCP en el Perú fue la única universidad que se había atrevido a criticar públicamente al presidente Fujimori. Y de ello se siente orgulloso. Y no sin razón, a mi modo de ver, porque por estas críticas la PUCP había sufrido discriminaciones, mientras que otras universidades habían gozado del favoritismo de Fujimori. La Universidad lo criticó públicamente, por ejemplo, por haber reducido el personal del Tribunal Constitucional o por sus manipulaciones para poder ser reelegido. Otro objeto de crítica fue el programa de Fujimori para reducir el crecimiento de la población, un programa financiado desde el extranjero.

5.1. Excurso

Uno de los efectos de este programa fue, por ejemplo, que de pronto aparecieron médicos y enfermeras en mi remota parroquia andina, donde hasta entonces —en todo el distrito— no había habido ni un solo médico. Pero la misión de estos médicos y enfermeras era llevar a cabo una amplia y agresiva campaña de medios anticonceptivos: distribución de preservativos, práctica de vasectomías (que incluso se practicaron en borrachos sin su consentimiento en los días de mercado), ligamento de trompas, inyecciones de anticonceptivos mensuales sin informar previamente a las mujeres. A las enfermeras destinadas en las comunidades remotas les habían dado, incluso, cifras indicativas del descenso de nacimientos que debía alcanzarse mensualmente a través de los distintos métodos anticonceptivos.

De forma que, en el marco de este programa, los campesinos y los pobres no fueron tratados como ciudadanos libres, sino como un colectivo de necios que se reproducen demasiado rápido. Nuestra crítica al proyecto la resumimos en el lema: «Acabar con los pobres, en vez de luchar contra la pobreza». Mencionar este programa me parece importante, en cuanto que el modo de proceder arroja una luz especial sobre Fujimori y su gobierno, pero también sobre sus partidarios.

Por haberse atrevido a criticar públicamente al presidente Fujimori, la PUCP se atrajo la enañada enemistad del mandatario. Pero, por otro lado, el valor, la prueba de independencia y la capacidad crítica de la que había dado muestras con su actitud frente a Fujimori le granjeó —una vez cambiada la situación política— un prestigio y reconocimiento tales que el gobierno de transición y el presidente Toledo nombraron para la CVR, junto al rector, a otros dos miembros de la PUCP.

El nombramiento de Salomón como presidente de la CVR tenía, además, una serie de ventajas para el desarrollo del proyecto. Además de filosofía, él también había estudiado derecho. La combinación de estas dos especialidades resultó ideal para elaborar y tratar de superar las secuelas de todo ese conjunto de violaciones de los derechos humanos y del Estado de derecho cometidas tanto por Sendero como por parte de los órganos del Estado durante el período de violencia en el Perú.

Un profundo análisis filosófico de las múltiples cuestiones éticas, junto a un metódico procedimiento jurídico, se reveló como sumamente eficaz, sobre todo en la fase inicial de la concepción de la CVR, pero también hasta la hora de redactar su *Informe final* y de difundir sus resultados. Además, Salomón, como rector, pudo aportar personal e infraestructura de la PUCP, especialmente durante la fase inicial de la CVR. Tanto el gobierno de transición de Paniagua como el de Toledo tenían que dedicarse con preferencia a reducir la confusión de la fase final del gobierno de Fujimori, así como a contrarrestar su fatídico legado y lograr que el Estado vuelva

a un funcionamiento dentro de un marco democrático. Por tanto, no estaban en condiciones de ocuparse en detalle del funcionamiento de la CVR. Por invitación de Salomón, la Comisión se reunió durante los primeros meses en el rectorado de la PUCP. En esta Universidad empezó a reinar un espíritu de optimismo, aumentando al mismo tiempo la disposición a apoyar activamente el trabajo de la CVR. Los filósofos, por ejemplo, elaboraron un manual sobre algunos conceptos morales clave, como *culpa*, *perdón*, *memoria*, etcétera —una base importante para facilitar el entendimiento entre los miembros de la CVR y sus colaboradores y colaboradoras—. En otras palabras, el mero hecho de que el rector de la PUCP fuese al mismo tiempo presidente de la CVR abrió la posibilidad de dar de inmediato una estructura sólida al trabajo de la Comisión. Dada la brevedad del tiempo que esta tenía a su disposición, este era un factor particularmente importante.

Además, la elección de Salomón para presidente de la Comisión resultó ser un golpe de fortuna por la siguiente razón: el gobierno, es cierto, había previsto un presupuesto para la CVR. Pero este era demasiado pequeño para hacerle frente a una tarea de tal envergadura —hercúlea, en el sentido más verdadero de la palabra— en un plazo de tan solo 18 o 24 meses. El prestigio de Salomón ayudó a conseguir fondos adicionales, por ejemplo, de las embajadas, en los países escandinavos, o en Bruselas de parte de la Unión Europea (UE), en Alemania, Estados Unidos, Canadá, etcétera, y contribuyó a ganar la colaboración del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que se hizo cargo de gestionar todas las finanzas. Esta financiación mixta resultó decisiva: por un lado, permitió que alrededor de 900 personas pudieran cooperar en la CVR con lo que de algún modo fue posible compensar la escasez de tiempo que la Comisión tenía a su disposición. En segundo lugar, el compromiso financiero de los distintos países significaba, a corto y mediano plazo, una garantía internacional adicional para la buena marcha del proceso de la CVR y, en particular, para el reconocimiento de sus resultados. Hay que recordar, además, que una Comisión de estas características no solo tenía amigos, sino que tuvo que superar la oposición, e incluso la hostilidad, de los autores de los crímenes y de las organizaciones que estaban detrás de estos.

La orientación internacional también resultó fortalecida debido a que la CVR estudió el modo de proceder y el trabajo de comisiones de la verdad de otros países, como Sudáfrica y Guatemala. Representantes de estas comisiones fueron invitados al Perú. Sus experiencias ayudaron a desarrollar un programa de la Comisión adecuado a la situación del Perú y a asegurar de este modo la eficacia y la calidad del trabajo desde un primer momento. Con la colaboración de científicos internacionalmente reconocidos y de especialistas altamente cualificados, la CVR también fue aprendiendo a desarrollar su propio método y a apuntalarlo por medio de un trabajo

científico interdisciplinario. Salomón hacía hincapié en la interdisciplinariedad, no solo por razones metodológicas. A través de este tipo de cooperación se garantizaba que la consideración de la historia de la violencia en el Perú y su análisis tuviese lugar desde diferentes puntos de vista. Con esto se pretendía contrarrestar de antemano todo intento de acusar a la Comisión de parcialidad y de presentar resultados demasiado unilaterales.

En el marco de esta breve reseña de la meritoria labor de Salomón en la CVR, no es posible tratar más de cerca los logros de la Comisión en la elaboración y superación de las secuelas del período de violencia, ni siquiera enumerar los múltiples resultados de esta investigación rigurosa y científica. El informe fue presentado al público el 28 de agosto de 2003 en una obra de nueve volúmenes, bajo el título *Informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. Un resumen en un solo volumen salió a luz en febrero de 2004, bajo el título *Hatun Willakuy* ('gran relato'). El título fue tomado intencionadamente del quechua, porque la parte de la población del Perú que hablaba dicho idioma fue la que, con mucho, tuvo el mayor número de víctimas, es decir, fue en la región en la que habitaba donde el Estado más ha infringido su obligación de proteger a la población.

6. DEL INFORME A LA PRÁCTICA

El compromiso de Salomón con la promoción y aplicación de la CVR nos llevó a MISEREOR y a mí mismo (como presidente de esta institución de la Conferencia Episcopal de Alemania) a cooperar intensamente con él. Después de la experiencia de Guatemala, éramos conscientes de que con la presentación del *Informe final* de una comisión de la verdad empieza una fase que no es nada fácil. Al fin y al cabo, hasta que no se sabe lo que ha sido fijado por escrito y cómo han sido descritos y cualificados los diversos individuos, grupos y organizaciones, todavía se trata de un proceso abierto. Con la publicación, sin embargo, comienza una fase particularmente crítica. En Guatemala, por ejemplo, el presidente de la Comisión de la Verdad, el obispo Juan Gerardi, fue atacado y asesinado solo dos días después de haber presentado el informe en la Catedral.

También para Salomón comenzaron tiempos muy difíciles, incluso una serie de graves amenazas. Sus perros fueron envenenados y al día siguiente su secretaria recibió una llamada telefónica en la que se le comunicó que a él le iba a pasar lo mismo. Después de esto, solo podía viajar con escolta y en un coche especial, tenía que evitar horarios fijos y rutinarios y cambiar continuamente sus rutas para eludir posibles atentados. En tales situaciones, los contactos con el extranjero pueden significar una cierta protección. Los embajadores extranjeros, entre ellos los de los EE.UU.

y de la UE, invitaron a una conferencia de prensa y se presentaron ostensiblemente al lado de Salomón Lerner y de la CVR. MISEREOR lo invitó a una visita a Alemania. Lo acompañé a una reunión con el presidente del Parlamento Wolfgang Thierse, con la ministra Heidemarie Wieczorek-Zeul y a encuentros con miembros del Parlamento, con obispos (incluido el actual prefecto de la Congregación para la Fe, Gerhard Ludwig Müller, un gran defensor de los intereses de la PUCP), así como a conferencias en las universidades y conferencias de prensa. Salomón emprendió viajes parecidos por los países escandinavos, la UE, etcétera, y también por Norteamérica, por un lado, para agradecer el apoyo dado a la CVR e informar sobre sus resultados. Por otra parte, estos contactos contribuyeron a evitar que diversos órganos en el Perú consiguieran ocultar o hacer desaparecer los resultados de la CVR, al mismo tiempo que servían para aumentar el prestigio y, con ello, la seguridad de los miembros de la Comisión.

Uno de estos viajes a Alemania lo hizo Salomón acompañado de Gastón Garatea. Nosotros admirábamos la manera como estos dos miembros de la CVR presentaban juntos y colegialmente los resultados y conclusiones. Acordamos hacer y publicar una versión alemana del resumen del *Informe final*, para repartirla en las parroquias, puesto que en Alemania hay, en virtud del Convenio de la Diócesis de Friburgo con la Conferencia Episcopal de Perú, una serie de hermanamientos parroquiales, así como otros grupos de conexión con el Perú, que siguen atentamente el desarrollo de los acontecimientos en el país andino. Estas asociaciones habían sentido solidaridad con el sufrimiento de las personas y comunidades durante la «guerra sucia». De esta forma, no conocían el período de violencia del Perú solamente a través de los medios de comunicación, sino que habían estado en contacto directo con personas afectadas —por ejemplo con algunas de las mencionadas en los ejemplos aducidos de mis parroquias—. Por tanto, el sufrimiento tenía para ellos un rostro humano.

MISEREOR dedicó una campaña de Cuaresma a informar en todas las diócesis y en las más de 12 000 parroquias de Alemania sobre la situación del pueblo en el Perú. Junto con la ministra Heidemarie Wieczorek-Zeul presentamos en una conferencia de prensa el resumen del *Informe final* de la CVR. Y la ministra Wieczorek-Zeul se encargó de entregarle personalmente una copia a la canciller Merkel.

Salomón supo y sabe presentar la historia de sufrimiento del Perú como la historia del sufrimiento palpable de seres humanos concretos: «En el curso de la elaboración del informe de la CVR he aprendido a ver a mi país de una manera totalmente diferente y nueva», me dijo en nuestro encuentro de enero. La CVR también tenía la misión de analizar las causas de la violencia. Y en este contexto hubo que tomar conciencia de la larga historia de opresión que sufrió la población campesina quechuahablante.

Salomón hablaba repetidamente de la exclusión de dicha población por parte del Estado. Esto es precisamente lo que el papa Francisco iba a describir más tarde en su *Evangelii Gaudium*, partiendo de sus experiencias directas en Latinoamérica, a saber, que el fenómeno de la exclusión va tan lejos que llega a considerar a los pobres como basura sin valor. Y, efectivamente, así fue tratada la población rural tanto por Sendero Luminoso como por ciertos órganos del Estado durante el período de violencia en el Perú. Esta conclusión resulta plausible si tenemos en cuenta que la mayoría de las 70 000 víctimas —Salomón dice que tres de cada cuatro— proviene de este segmento de la población. A esto él lo llama un escándalo, un «insulto racial».

En nuestro encuentro de enero, me di cuenta de cuánto dolor le causan a Salomón y cómo incluso lo afectan personalmente estas conclusiones de la CVR. Él no solo ve los números secos de las estadísticas. Él ve ante todo el sufrimiento de las personas reales, su degradación por la tortura, los asesinatos vergonzosos en ejecuciones extrajudiciales y las masacres, desapariciones y violaciones sexuales contra mujeres. Y ve cómo los culpables pueden contar con una impunidad casi absoluta. Esto lo afecta, lo conmueve y le quita el sueño. Él habla de la vergüenza y la culpa que los responsables del Estado han cargado sobre sí mismos, pero también de la culpa de los que por omisión, o por no haber querido ver lo que pasaba, o simplemente por indiferencia, también tienen su responsabilidad en esta historia de dolor. Y subraya como resultado de la CVR que, en los casos de las violaciones de los derechos humanos y de las infracciones del derecho internacional, de ningún modo se trataba de errores o excesos de algunos individuos, como pretenden dar a entender algunos representantes de ciertos órganos del Estado. En realidad, son violaciones cometidas sistemáticamente, tanto por parte de Sendero como por parte de los órganos del Estado. Esto último, es decir, que las fuerzas armadas y la policía durante ciertos períodos y en ciertos lugares cometieron sistemáticamente violaciones de los derechos humanos, es desdichadamente innegable.

Las causas de la violencia tienen profundas raíces y son síntomas de una injusticia estructural. El organismo social está enfermo y necesita curación.

El gobierno de transición también le había encomendado a la Comisión de la Verdad aclarar la cuestión de la reparación. Y el presidente Toledo dio todavía un paso más, y le puso como tarea trabajar por la reconciliación —como ya mencionamos—. «Con esto Toledo nos causó muchos quebraderos de cabeza» —comentaba Salomón—. «Nosotros, como CVR, lo único que podíamos hacer es enumerar las condiciones y requisitos necesarios para un proceso de reconciliación. Pero la reconciliación en sí misma solo puede venir de las víctimas, que son las que tienen que, por así decirlo, comunicársela a los culpables, los perpetradores». Por ello, en sus recomendaciones, la CVR enumera una serie de reparaciones como fundamento de la reconciliación.

Hasta qué punto Salomón consideraba el proceso de reconciliación por medio de reparaciones como una tarea personal resulta manifiesto de lo siguiente: durante el trabajo de la CVR se había percatado de que el sistema político, el orden democrático, había entrado en una grave crisis. Ahora de lo que se trataba era, nada menos, de una reconstrucción de una sociedad democrática que, por medio de la justicia, pudiese llegar a alcanzar la paz. Es decir, subrayar que en una sociedad democrática tiene que estar reconocido el derecho de todos a ser tratados por igual, con dignidad. Por tanto, también de reconocer el derecho de los in-significantes, los pobres, los campesinos quechuas y la población indígena en general, que durante tanto tiempo fueron discriminados y excluidos.

A partir de las conclusiones de la CVR tenemos que hacer una democracia incluyente. Esta implica una reforma de las instituciones del Estado (justicia, ejército, policía, educación pública) y el reconocimiento de la dignidad y los derechos de las víctimas. Este reconocimiento debe encontrar su concreta expresión en la aplicación de las recomendaciones de la CVR, principalmente en las reparaciones concretas para las víctimas. Porque por las reparaciones el Estado da a entender que realmente honra a las víctimas y reconoce su dignidad. Me acuerdo especialmente de un encuentro con el presidente del Parlamento alemán, Wolfgang Thierse, en el que Salomón expuso estas ideas y recabó ayuda para el Perú para que el Estado pudiera llevar a cabo estas reparaciones. A este respecto, también tuvimos una entrevista con la ministra de Cooperación Económica y Desarrollo, Wieczorek-Zeul. Y sucedió algo sorprendente, increíble: Thierse le escribió a la ministra una carta con una petición de ayuda. Y esta a su vez le contestó con otra carta en la que le decía: «Yo también he conversado con Salomón. Le he dicho que no solo podemos ayudar, sino que también queremos ayudar». Y cuando el presidente Toledo vino a Alemania en visita de Estado, «le he dicho que queremos ayudar. Pero él no me ha contestado nada». Así se expresó la ministra Wieczorek-Zeul, según me contó Salomón en nuestro encuentro de enero. Y aún más: durante su visita al Perú, la viceministra de Cooperación le volvió a hacer la oferta a Toledo. Y, de nuevo, ninguna respuesta del presidente. El embajador alemán invitó a Salomón para darle —a petición de Thierse y Wieczorek-Zeul— una copia de las dos cartas y explicarle con pesar lo ocurrido: «Si el gobierno de Perú no quiere, no podemos hacer nada», dijo el embajador.

Con copias de las dos cartas, Salomón y los miembros de la CVR fueron a visitar al presidente Toledo. Este prometió investigar el asunto. Pero nada sucedió. Parece ser que el ministro de Economía, Pedro Pablo Kuczynski, quería aceptar la oferta de ayuda de Alemania, pero no para emplearla en las reparaciones, sino para otro uso. La oferta alemana había sido hecha en el marco de la Campaña de Alivio de la Deuda. De acuerdo con las normas internacionales para estos casos, el Perú

no hubiese entrado dentro de la Cláusula HIPC (*Heavily Indebted Poor Countries*). Pero Wiczorek-Zeul, debido a la historia de la violencia en el Perú que Salomón le había relatado, quería hacer una excepción en este caso y ofreció una moratoria de la deuda por un año si, a su vez, el gobierno se comprometía a llevar a cabo las reparaciones en el sentido de la CVR. Wiczorek-Zeul siempre unía la condonación de la deuda a ciertas condiciones. ¿No es increíble, e incluso paradójico, que un ministro peruano, por su total falta de empatía con el sufrimiento de las víctimas y su intransigencia —en contraste con la actitud comprensiva de Wiczorek-Zeul— y el presidente de la Nación, por su falta de decisión, hayan torpedeado de este modo el proceso de reconciliación en el Perú? De todos modos, Salomón luchó incansablemente al más alto nivel político por la causa de la reconciliación, la cual el propio Toledo le había encomendado como tarea adicional a la CVR.

Salomón contaba, además, que hasta el momento las reparaciones recomendadas por la CVR apenas habían sido aplicadas. Los diferentes gobiernos creen que a este respecto ya hacen bastante combatiendo la pobreza. Ciertamente, la reducción de la pobreza es importante, también en el sentido de la CVR. Pero los responsables del gobierno todavía no han comprendido que, después de una tan larga fase de violencia, un proceso de reconciliación es de importancia vital para el desarrollo de una sociedad democrática, cuya base es la igualdad de dignidad de todas las ciudadanas y de todos los ciudadanos. Con una reparación, aunque fuera simbólica, las víctimas podrían comprobar, por fin, que el Estado les reconocía su dignidad.

7. EL COMPROMISO DE SALOMÓN LERNER CON UNA CULTURA DEL RECUERDO

En el informe de la CVR como tal, Salomón ve un instrumento para mantener viva la memoria de los sufrimientos de las víctimas. El informe recoge alrededor de 17 000 testimonios de distintas historias de sufrimiento. Pero el memorial histórico ya empieza antes. Salomón lo relaciona, por ejemplo, con las mujeres de Ayacucho que conservan la memoria de sus desaparecidos y los buscaron en las comisarías de la policía y en los cuarteles del ejército.

Debido a los muchos relatos de violencia sufrida, fue madurando en Salomón la convicción de que la gente necesita lugares conmemorativos donde pueda expresar su dolor y desahogar su sufrimiento. Esto es una constante antropológica básica. Y precisamente el cristianismo le da a esta cultura del recuerdo una importancia especial. No solo con los cementerios y los ritos y oraciones que allí se practican. En el contexto de la cultura quechua, hay que tener en cuenta que los entierros tienen para los campesinos un significado particularmente profundo: el no poder enterrar

a los desaparecidos por la violencia supone para estas personas un sufrimiento extremo. Y los responsables del Estado con un mínimo de sensibilidad debieran tener esto en cuenta.

La cultura cristiana del recuerdo del sufrimiento y la muerte radica en el corazón mismo de la fe, es decir, en la celebración de la misa, en la que se celebra la memoria de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo y se conmemora la reconciliación de la humanidad con Dios. Esto nos infunde confianza y fuerza para la transformación personal y social. Desde esta comprensión antropológica y cristiana, resulta comprensible el empeño de Salomón en exigir que se creen lugares de memoria en todas las regiones del país en las que la guerra sucia causó tanto dolor y tanta muerte.

A mí personalmente todavía me conmueve hoy una experiencia en la que me vi confrontado con el grave déficit de cultura del recuerdo en el Perú: me encontraba en Lima, el 28 de agosto de 2008 y Salomón me había invitado a participar en la ya tradicional conmemoración de la CVR ante el monumento *El Ojo que Lloro*. Se juntaron varios cientos de personas. Allí también me encontré con una de aquellas 50 ayacuchanas que en 1987 habían encontrado acogida en nuestro barrio de miseria. Me dijo que también en Ayacucho debían tener un lugar conmemorativo como este. En recuerdo de cada una de las muchas víctimas de la guerra sucia se habían incrustado guijarros en la plaza, formando una composición ornamental alrededor de *El Ojo que Lloro*. Muchas de estas piedras llevan nombres, también nombres de niños. Durante la conmemoración, en una parte del recinto, ardían velas en memoria de las víctimas, algunas con sus nombres. Los cantos de los participantes y las alocuciones de Salomón y de otros asistentes le confrieron al acto conmemorativo una atmósfera digna. De repente, un grupo de jóvenes irrumpió a gritos en la celebración y empezó a pisotear las velas. Llevaban camisetas con el retrato de Fujimori y gritaban consignas a su favor, probablemente en un intento calculado de atraer la atención de las cámaras de televisión, que efectivamente giraron hacia ellos.

El hecho de que en el Perú todavía pudiera suceder algo así, debería ser una alarma para los responsables de la política y de la sociedad. Esto significa que el proceso del descubrimiento de la verdad y la reconciliación, que el gobierno de transición y el de Toledo habían puesto en marcha, aún tiene un largo camino por recorrer. No digo esto como reproche. ¿Cómo podría hacerlo yo, si pienso en las marchas de neonazis en Alemania? Estos, con su cultura negativa de conmemoración de Hitler y de sus seguidores, insultan a las víctimas y desvirtúan una cultura conmemorativa que es consciente de las aberraciones y crímenes del Tercer Reich. En este sentido, también en este punto pueden Perú y Alemania sentirse solidariamente unidos.

Este tipo de deplorables incidentes, protagonizados por jóvenes fujimoristas, pero también el impedimento y retardo de las reformas de los órganos del Estado

solicitadas por la CVR para garantizar la igualdad de dignidad de todos los ciudadanos o la denegación de reparaciones, entre otros elementos, también constituyen, a mi modo de ver, una especie de ofensa a las víctimas de la guerra sucia. Esto puede sonar demasiado fuerte, especialmente procediendo de un extranjero. Los episodios arriba mencionados de mi larga labor pastoral en diversas comunidades de los Andes y en los barrios pobres de Lima y mi amistad con Salomón, así como su compromiso con la CVR, me abrieron los ojos para mirar de otro modo a Alemania y ver otro Perú. La transmisión a la posteridad del testimonio de las víctimas y de la CVR, por ejemplo, a través de un nuevo sistema educativo, podría ser una garantía de que tal aberración no va a repetirse en una historia de violencia en el Perú. Si los jóvenes y las jóvenes entrevistan en sus escuelas a las víctimas de la guerra sucia y de este modo aprenden a sentir empatía, o visitan la exposición *Yuyanapaq* ('Para recordar') u otros lugares conmemorativos —de modo parecido a lo que hacen las alumnas y los alumnos alemanes visitando el lugar terrible, el campo de concentración Auschwitz, para sentir de cerca el dolor de las víctimas— pueden surgir fuertes sentimientos de solidaridad y humanidad, que a su vez constituyen una base sólida para una paz en justicia.

Cuando miro la historia reciente de Alemania, que yo mismo he vivido en buena parte, me siento optimista si vuelvo la vista hacia el Perú: a pesar de los posibles motivos de crítica, tengo que constatar que lo que el Perú hizo con los testimonios de cerca de 17 000 personas y en especial con el proceso de la CVR es, a mi modo de ver, algo ejemplar y admirable. En comparación con el Perú, ¿cuánto le costó a la Alemania de la posguerra poner en marcha un proceso de superación y elaboración crítica del Tercer Reich! Durante mucho tiempo predominó la tendencia a olvidar y silenciar todo y barrerlo bajo la alfombra. Finalmente, se reconoció que, aunque este proceder quizás sea típico de la naturaleza humana, no es una actitud humanamente digna, y que impide la construcción de una sociedad sana y democrática.

Cuando los adolescentes se enteran, de repente, de que sus padres o abuelos estuvieron involucrados con la ideología nazi o sintieron simpatía por ella, esto ocasiona una enorme pérdida de confianza. Reconocer el propio fracaso y la propia culpa tiene un efecto clarificador y liberador. Un diálogo abierto a la verdad y la búsqueda en común de un nuevo modelo de sociedad sobre la base de la justicia social y del respeto de los derechos humanos y de la dignidad humana da resultados de alta sostenibilidad. Inmediatamente después de la huida del autocrático y clientelista presidente Fujimori en el año 2000, el Perú puso en marcha la elaboración de sus 20 años de violencia, creando para ello una CVR. Desde la perspectiva de la historia reciente de Alemania, tenemos que admitir con envidia que nosotros no hemos conseguido hacer algo así y que tenemos mucho que aprender del Perú.

Y la forma en la que la CVR bajo la dirección de Salomón se enfrentó con su historia para superar sus secuelas negativas y presentó propuestas para la remodelación de una sociedad democrática es sencillamente ejemplar. A los responsables en la política, en la justicia, el ejército, la policía, así como en la educación pública, solo podemos desearles que avancen con confianza y sin miedo por el camino de la cultura de la memoria.

Una profunda mirada analítica sobre el pasado ofrece las experiencias necesarias para crear un presente más justo como una buena base para construir un futuro para las generaciones venideras. Una cultura de la memoria por la que Salomón luchó incansablemente: «vale la pena trabajar de esa manera para el país. La CVR cambió mi vida» —me dijo en nuestro encuentro de enero de 2015 en Lima—. Una actitud así es lo que realmente da mucha esperanza.